

Objetal, intersubjetivo, vincular. El psicoanálisis anticartesiano¹

Carlos Rodríguez Sutil²

En este trabajo se presenta una revisión de las principales escuelas actuales que encarnan el pensamiento anticartesiano o interpersonal en psicoanálisis. Tras un somero análisis de los orígenes de este enfoque se pasa a estudiar las aportaciones de Fairbairn y Winnicott, dentro de la teoría de las relaciones objetales, de Stephen Mitchell y de Stolorow y colaboradores, del psicoanálisis interpersonal e intersubjetivo norteamericano y, finalmente, de la teoría vincular de Pichon Rivière y sus seguidores. A continuación se discute la posibilidad de revisar o desechar algunos conceptos de la tradición psicoanalítica —en especial de la “transferencia” y de la “identificación proyectiva”— sin apartarse plenamente del psicoanálisis. Finalmente se termina considerando que es más lo que une a las diferentes perspectivas interpersonales que lo que las separa, a pesar de sus diferentes perspectivas teóricas.

Palabras clave: Psicoanálisis, Teoría Relaciones Objetales, Pensamiento Anticartesiano, Perspectiva Vincular

This article presents a review of the main anticartesian and interpersonal psychoanalytical schools of today. We begin studying the origins of this point of view and continue considering the contributions done by Fairbairn and Winnicott, from the object relations theory, Stephen Mitchell and Stolorow and cols., from the interpersonal and intersubjective schools of North America, and the attachment theory of Pichon Rivière and his followers. Then we discuss the possibility of making an updating of the traditional concepts of psychoanalysis or to reject them —taking account of the “transference” and “projective identification” — without losing our contact with psychoanalysis. Finally we end suggesting that there are more points of contact than differences among the various interpersonal schools, in spite of their different theoretical backgrounds.

Key Words: Psychoanalysis, Object Relations Theory, Anticartesian Thinking, Binding Perspective

Introducción

Desde la enunciación de la teoría de las relaciones objetales, sobre todo en la versión de Fairbairn (1940, 1943), al afirmar que la libido no busca la descarga sino al objeto y que el individuo desde su nacimiento está inmerso en las relaciones de objeto, habría quedado establecido con nitidez que el ser humano nunca es una mónada aislada. Esta “mente endógena monádica” (Orange, 2002), personaje central en las obras de Freud y Melanie Klein, arriba a un mundo ya acabado con el que comienza a interactuar. Pero, bien al contrario, el psicoanálisis anticartesiano postula que es ese mundo, esa constelación de relaciones interpersonales, el que permite

la construcción del ser humano individual, con sus peculiaridades y características propias que, en definitiva, no son creación de la nada, sino mezcla original y creativa, en proporciones diversas, de las relaciones tempranas que ese entorno le ofrece.

Tras el dualismo pulsional que introdujo Freud en 1920, son posibles dos versiones sobre el desarrollo del yo (Laplanche y Pontalis, 1968; Roudinesco, 1993), y aquí no tenemos porqué separar el yo como instancia del yo como conciencia de sí. La primera - que podemos encontrar descrita en obras como el *Compendio* (1938b), y es incorporada por Anna Freud y la Psicología del Yo - hace derivar el yo a partir del ello, como diferenciación progresiva, para satisfacer las pulsiones de acuerdo con el principio de realidad. La segunda —más afín a los trabajos metapsicológicos de 1915— rechaza toda posibilidad de un yo autónomo de principio y comprende el yo como resultado de procesos de identificación, a partir de *imago*s tomadas del otro. En el trabajo que lleva por título *Psicología de las Masas y Análisis del Yo* (1921) Freud parece sugerir la existencia de identificaciones tempranas como la forma más temprana de ligazón afectiva con el objeto. En este momento está planteando la identificación como un mecanismo general del desarrollo normal, no ya patológico como en *Duelo y Melancolía* (1915 e). Esta segunda es la aceptada por los seguidores de Melanie Klein, aunque no por ella misma, para los que el objeto parece lógicamente anterior al sujeto aunque, en otro sentido, sea posible defender que se constituyen mutuamente, como en el conocido dibujo de Escher de dos manos que se dibujan una a la otra de forma simultánea³.

Es posible que Balint lleve razón al afirmar que, aun después de haber presentado la teoría del narcisismo, Freud no se determinó a abandonar la idea de una relación objetal primaria (1979, pág. 36 y ss.). Pero, más en general, nos cuestionamos, con Lacan (*Seminario XX*, 1972-73, págs. 70-71), la creencia de que lo primario es lo primero. Los dos procesos se nos presentan de forma simultánea en el aquí y ahora, como hay que entender también el ámbito edípico y el ámbito de la falta básica en Balint (pág. 27 y ss.). El edípico sería el del lenguaje convencional, donde las mismas palabras significan lo mismo para terapeuta y paciente, mientras que en el de la falta básica se produce lo que Ferenczi (1932) llamó “confusión de lenguas entre los adultos y el niño”. Esa confusión procede de que uno de los miembros del diálogo interpreta el juego como ternura, el otro como pasión. El niño sabe muy bien cómo interpretar al adulto, no así a la inversa. Como consecuencia el niño queda dividido, piensa que es inocente y culpable al mismo tiempo; se destruye su confianza en sus sentidos y en las personas pero, como tendremos ocasión de afirmar, no abandona por ello a sus objetos.

En uno de sus trabajos pioneros, Lacan (1949) analiza las consecuencias para la formación del yo (*je*) del *estadio del espejo*, experiencia que, según él, nos aparta de toda filosofía derivada del *cogito*. Este estadio, que Balwin situó alrededor de los seis meses de edad, supone el reconocimiento (gozoso) que hace el bebé de su propia imagen en el espejo. La capacidad para reconocer la propia imagen reflejada posee la categoría de estructura ontológica del mundo humano. Esa actitud gozosa del bebé manifiesta: «... la matriz simbólica en la que el yo (*je*) se precipita en una

forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto» (Lacan, 1949, pág. 12, pág. 93 en francés). El estadio del espejo debe, por tanto, ser comprendido, como una *identificación*. Es un caso particular de la *imago* que consiste en establecer la relación del organismo con su realidad (el *Innerwelt* con el *Umwelt*).

La tarea que la *imago* cumple es inaugurar una nueva fase: de “organismo/entorno orgánico” a “individuo/entorno humano”. En la gozosa identificación del bebé humano o primate de su propia imagen ante el espejo se produce el reconocimiento de ser uno entre otros, los semejantes. Con eso pensamos librarnos de toda tentación solipsista en la elaboración teórica, de la antes aludida “mónada aislada”. La representación de nuestro cuerpo es un fantasma a imagen y semejanza del Otro y, en definitiva, de Dios. Fantasma que capacita para superar la imagen fragmentada del cuerpo.

Este cuerpo fragmentado, para lacanianos y kleinianos, es la fantasía primordial generadora de angustia; a nuestro entender, nuevo mito fundacional frente a la angustia del nacimiento de Rank-Freud. Es en los primeros seis meses cuando se fija la angustia, según Lacan (1953b), aunque Klein nos habla de angustias más tempranas y sigue utilizando la expresión “trauma del nacimiento”.

Ahora bien, lo que nos dota de autoconciencia es la satisfacción del ser mirado. El sujeto no es el de la conciencia reflexiva, no es el sujeto *viéndose ver*, sino el del deseo (Lacan, 1964, págs. 82-96). No es el ojo como punto geométrico sino la satisfacción de ser mirado.

El giro copernicano en psicoanálisis

Los párrafos anteriores se enmarcan dentro de un giro anticartesiano indudable, diríamos que “copernicano”, en la concepción psicoanalítica de la ontogénesis, que no deja de plantear interrogantes. Como debió descubrir Lacan, joven lector de los autores ingleses en la posguerra, este giro sólo es teorizable recurriendo a ontologías alternativas al cartesianismo, lo que hizo primero recurriendo a Hegel y, años más tarde, a Heidegger. La importancia de la fase del espejo muestra que nuestro yo, nuestra identidad, se forma compartiendo la visión de nuestra imagen reflejada como una representación semejante a la de nuestros congéneres. Nuestra identidad sólo es posible en contacto con ellos y no a partir de una certeza interna o punto inamovible sobre nuestra existencia personal. Más adelante, el sofisma de los tres prisioneros (Lacan, 1945), tan conocido, puede tomarse como la demostración palpable de que la mirada del otro, el modo y ritmo en que su pupila nos refleja, permite mi identificación precaria como una ser humano con un rasgo peculiar, blanco o negro. Este proceso de escansión está en la base de toda posible liberación. Sólo en apariencia contradictoria con el infierno de los tres personajes de Sartre en su drama *Huis Clos*, que se condenan enmascarando su mirada. Acaso las dos caras de una misma moneda. La condenación y la liberación no dejan de ser un fenómeno social.

La Teoría de las Relaciones Objetales

La teoría de las relaciones objetales es iniciada en Gran Bretaña por Melanie Klein, quien abrió nuevos campos en la terapéutica infantil y en el tratamiento de psicóticos. Klein (1935, 1957 a y b) describe las relaciones primitivas entre los impulsos y los objetos, construidos internamente; un amor y un odio extremos en relación con objetos internos parciales, buenos y malos. Pero la lectura de sus obras nos da una imagen del desarrollo infantil fuertemente influido por tendencias congénitas y, en gran medida, independiente del ambiente. Sin embargo, lo más destacado de la Escuela Inglesa postkleiniana es su acento ambientalista. Este paso al enfoque interpersonal (objetal) puede estar propiciado por algunos cambios sutiles de perspectiva que Stephen Mitchel (1995) señala. Por ejemplo, para Freud el presente era un vehículo para entender el pasado y la comprensión del pasado es lo que libera al paciente de sus fijaciones infantiles. Para M. Klein el pasado es un vehículo para entender el presente y es la comprensión del presente lo que libera al paciente. Esto se expresa en el hecho de que la interpretación va dirigida, principalmente, a la fantasía dinámica actual. Por otra parte, el analista kleiniano, lo mismo que el interpersonal, están interesados en las fantasías del paciente sobre la contratransferencia y en la propia experiencia del analista sobre la contratransferencia.

Para Ronald Fairbairn, en *Las Estructuras Endopsíquicas Consideradas en Términos de Relaciones de Objeto* (1944), el aparato psíquico debe estar constituido por los objetos introyectados o interiorizados. Si las pulsiones no pueden existir en ausencia de una estructura del yo —digamos, de un psiquismo— no es posible establecer una delimitación práctica entre el yo y el *ello*. La represión, según Fairbairn, se establece sobre los objetos malos internalizados, pero no sólo sobre ellos, sino también con las partes del yo que buscan establecer relaciones con estos objetos. El yo, por consiguiente, se fragmenta, y unas partes se oponen a otras, proceso no muy diferente del que planteara Freud a partir de *Duelo y Melancolía* (1915 e).

La diferencia fundamental entre Fairbairn y Klein es que el primero se ocupaba de la experiencia relacional del niño en cada estadio, mientras que Klein se centraba en el interjuego de fuerzas pulsionales o instintivas, de carácter innato. Fairbairn (1940 b) afirmaba que el Edipo es un fenómeno más sociológico que psicológico, relativamente tardío y superficial en la estructuración del individuo y, en cualquier caso, posterior a la organización del carácter. Ya comentábamos que para este autor la libido ya no busca la descarga sino al objeto; el placer libidinoso, dirá, no es más que un medio para obtener al objeto. Además, si pensamos la libido en relación con el objeto estará de acuerdo con el *principio de la realidad*, sólo si se concibe sin relación con el objeto es cuando sigue el *principio del placer* (1995 a), con lo que acaso nos apunta a una falsa dicotomía. Si sólo buscara el placer no se explicaría el paso al proceso secundario (1944). Freud recurrió a partir de 1920 al mecanismo de la *compulsión a la repetición* para comprender el fenómeno de la adherencia neurótica a una experiencia doloroso pero, comenta Fairbairn, si consideramos que la libido busca primariamente al objeto no es necesario recurrir a ese mecanismo.

Fue el trabajo con niños maltratados el que llevó a esta modificación de la libido pues, sorprendentemente, estos mantenían lealtad a los mismos padres que los maltrataban, lo que es contrario a la teoría clásica de la pulsión (descarga), según la cual los objetos libidinales deberían ser más fácilmente sustituibles. Pero abandonar los vínculos ya establecidos se vive como el riesgo del aislamiento total, lo que es rechazado por el sujeto.

Un niño, dirá Winnicott (1971, pág. 27 y ss.) no podrá pasar a la identificación primaria y más allá de ella si no existe una madre lo bastante buena. Esta madre (concepto en el que hace entrar a todo el entorno familiar) comienza con una adaptación casi total a las necesidades del bebé y va cediendo poco a poco en esta adaptación, según crece. Maneja un punto de inicio similar a la *posición simbiótica* introducida por Margaret Mahler (1952, 1958, 1967) en los años cuarenta, seguro que sin que esta autora percibiera las inmensas consecuencias técnico-prácticas de su descubrimiento. No existe la mónada sin, afirmamos, una unidad bio-psico-social del niño con su entorno materno. En palabras de Winnicott: "... el bebé se alimenta de un pecho que es parte de él, y la madre da leche a un bebé que forma parte de ella. En psicología, la idea de intercambio se basa en una ilusión del psicólogo" (1971, pág. 30). Aquí se halla también implícita la *teoría del apego* de John Bowlby (1969), según la cual la necesidad mayor del bebé es la madre, más que la satisfacción pulsional, pero Winnicott introduce —y esta es tal vez su aportación más genial— el concepto de un espacio intermedio. Ese espacio intermedio, que comparten la madre y el hijo, es el germen donde se constituirá el *espacio transicional*, junto con los fenómenos transicionales, en la formación del psiquismo individual, y el lugar donde se desarrolla la capacidad para el juego, fundamental en este proceso de identificación y de socialización. El juego es una actividad "no culminativa", es decir, que no sigue el modelo tradicional de descarga:

El lugar de ubicación de la experiencia cultural es el espacio potencial que existe entre el individuo y el ambiente (al principio el objeto). Lo mismo puede decirse acerca del juego. La experiencia cultural da comienzo con el vivir creador, cuya primera manifestación es el juego (pág. 135).

Winnicott completará la idea lacaniana del espejo al advertir que, en el desarrollo emocional del niño, el precursor del espejo es el rostro de la madre, más allá del cual se sitúa el límite de lo preverbal, no verbalizable, salvo quizá gracias a la poesía. La madre mira al bebé y —afirma (1971, pág. 147 y ss.)— lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él. Nos invita a pensar en el caso del bebé cuya madre refleja primordialmente su propio estado de ánimo, o la rigidez de sus defensas. Cuando el rostro de la madre no refleja adecuadamente, un espejo se convierte en una cosa inanimada, algo que se mira, no algo dentro de lo cual se mira. Recogemos una frase del psicoanalista británico que revela la importancia ontológica de la mirada: "Cuando miro se me ve, y por lo tanto existo. Ahora puedo permitirme mirar y ver" (pág. 151).

Algunos apuntes sobre lo intersubjetivo en Norteamérica

Lacan acaso también leyó —Roudinesco (1993) así lo afirma en su gruesa biografía— a Ludwig Wittgenstein, pero hasta ahora no lo hemos encontrado sugerido de manera inequívoca en ningún pasaje. Wittgenstein parece el inspirador del enfoque anticartesiano en el psicoanálisis intersubjetivo de autores contemporáneos en Norteamérica, entre los que destacaremos a Stephen Mitchell (1988, 1995), y a Stolorow, Orange y Atwood (2001). Suelen citar como orígenes inspiradores a Fairbairn, así como a H.S. Sullivan, especialmente el primero, mientras que Stolorow y sus colaboradores expresan sus afinidades con la personología de Murray y con Kohut y la nueva psicología del yo. La labor que están realizando, de innegable interés, parece estar dirigida hasta la fecha, por lo que yo conozco, más a una crítica del psicoanálisis tradicional —sobre todo de Freud y Melanie Klein— y su replanteamiento en términos no cartesianos, que a la construcción de una teoría alternativa.

Marcia Cavell (1993), una filósofa próxima a los postulados de estos autores, parece haberse encargado de mostrarnos el camino de ese psicoanálisis replanteado desde la epistemología externalista, desde la ontología anticartesiana de Wittgenstein. Gracias a ella vemos cómo se deshacen o se reorganizan conceptos del psicoanálisis ortodoxo hasta ahora intocables, como es la teoría energetista de la pulsión, el narcisismo primario y la visión intrapsíquica de la neurosis. Sentimos que el rechazo de Cavell a Lacan no logra negar el importante parentesco entre lo que ella dice y lo expresado, en la enseñanza del psiquiatra francés. Ciertamente no es imprescindible recurrir a su obra para desarrollar el psicoanálisis anticartesiano y, en cambio, su uso puede añadir dificultades importantes, fruto del oscuro estilo de seminarios y escritos.

Comenta Mitchell (1995, págs. 67 y ss.) que la mayoría de los conceptos de Sullivan se derivan de una premisa general: *el entorno desempeña un importante papel en la conformación de la experiencia humana*. El carácter de los padres y la configuración de la familia poseen un impacto destacado en la formación de la personalidad y en la psicopatología del individuo, manteniendo su influencia hasta el presente. En consecuencia, el conflicto del individuo responde a valores y señales contradictorios en el entorno. El terapeuta también es una influencia actual en la dinámica del individuo y participa en los acontecimientos que le proporcionan la información, es decir, su metodología es la de la observación participativa. Sullivan definía la personalidad de manera plenamente externalista, como las acciones de las personas, una con otra y con los demás más o menos personificados. Mitchell (1988, pág. 38) en otro lugar plantea que la personalidad no es algo que uno posee sino algo que uno hace: “Uno desarrolla esquemas constantes, pero estos no reflejan algo “interior”, sino más bien modos aprendidos de enfrentar las situaciones; por ello en cierto sentido siempre responden a las propias situaciones y a la vez son moldeados por éstas”. No muy lejos de estas concepciones, nosotros hemos definido la personalidad como estructuras permanentes o, mejor, *semipermanentes*, de comportamiento cuyo nivel privilegiado de lectura se halla en la relación interpersonal (Rodríguez Sutil, 2002, págs. 207-208).

La Psico(pato)logía Vincular

El enfoque vincular se produce en Argentina, con autores de evidente influjo social y, en algún caso, de inspiración marxista, y de formación kleiniana, como Pichon Rivière, José Bleger, Hernán Kesselman y Antonio Caparrós, entre otros. En muchos sentidos se les puede considerar como continuadores de la teoría de las relaciones objetales tal como la definieron Melanie Klein, Fairbairn y Winnicott, pero también realizaron aportaciones relevantes en esa línea y radicalizaron el enfoque social de la teoría. Pichon Rivière (1975, 1979), al que sin duda hay que honrar como el fundador de la teoría, acuñó los conceptos de *vínculo* y *vínculo fundante*, con una pretensión integradora de lo psicológico y lo social. El vínculo social nos forma y constituye desde dentro y desde fuera, siempre en el contexto humano. Pichon Rivière se ve en la obligación de postular una dialéctica intersubjetiva, que configura un sistema vincular —fundante entre necesidad y satisfacción— donde el sujeto se define como *emergente* (1975, Cf. Pampliega, 1980, pág. 550). El vínculo es el origen de la diferenciación psicológica, merced a la introyección en el infante de sus tres elementos: el self, el objeto y la relación que se produce entre ellos. Esos primeros vínculos son los *vínculos fundantes*, los vínculos posteriores son reactualizaciones de esos primeros (como también la *transferencia*). El vínculo es establecido por la totalidad de la persona y no por el yo, ello o *super-yo*, sino que es anterior y promotor de toda organización tópica. Siendo el primer vínculo de todos un *vínculo simbiótico*, en el que la madre y el bebé forman una unidad indiferenciada, antes y poco después del parto, biológico-psicológica. Los vínculos fundantes que se establecen después darán lugar a la formación de los prototipos de la personalidad, entendidos éstos como estructuras semipermanentes, estructuras que abarcan las conductas automatizadas e inconscientes. El *grupo interno* es la reconstrucción de la trama relacional de la que emerge el sujeto, y permite un ajuste progresivo entre el interior y el exterior, la comunicación y el aprendizaje.

Dicho esto, y teniendo en cuenta sus premisas epistemológicas, las aportaciones más destacadas del enfoque vincular han florecido en la psicoterapia de grupo, con la teoría del *grupo operativo*, y de grupo familiar, prefigurando algunos descubrimientos de la teoría familiar sistémica como, entre otros, el de *paciente asignado* —o “chivo expiatorio”— y la importancia de los secretos familiares (Pichon Rivière, 1975, 1979; Kesselman, 1986). Advierte Hernán Kesselman en el trabajo que acabamos de citar, al explicar la teoría de las “tres d” (depositado, depositante y depositario) que ya no se puede trabajar con la nosología psiquiátrica clásica, sino que hay que hablar de vínculos psicopatológicos: vínculos melancólicos, vínculos esquizofrénicos, vínculos confusos (pág. 509). No podemos dejar de citar las aportaciones de Kesselman (1977) y otros autores a la clasificación de los prototipos de la personalidad (Ávila Espada et al., 1997; cf. Rodríguez Sutil, 2002, tercera parte). Como los defensores del psicoanálisis relacional e intersubjetivo, la teoría vincular destaca que el campo intersubjetivo no es un modo de obtener experiencias ni de compartir las experiencias, sino la precondition para alcanzar cualquier experiencia (Cf. Stolorow et al., 2001, pág. 474).

Crítica de los conceptos metapsicológicos freudianos

La necesidad de la madre es la necesidad más urgente que tiene el bebé y la condición para satisfacer las otras necesidades. Por esta razón, según Bowlby, el bebé siente apego por la madre desde el principio. El apego no se deriva de las necesidades biológicas sino que es una necesidad biológica fundamental, la necesidad de ser social, podríamos decir, luego cada sociedad —cada “forma de vida” según Wittgenstein— producirá sus formas peculiares de ser social. Apuntábamos que la teoría del apego, dentro de las teorías de las relaciones objetales, se aparta de forma radical, como ocurre con Fairbairn y con Winnicott, del modelo de descarga de la teoría pulsional clásica. Bowlby (1969, págs. 37-38) comenta, acertadamente, que el modelo energético freudiano no surgió del trabajo clínico con pacientes, sino de las ideas aprendidas por Freud de sus maestros. El modelo de las relaciones objetales, en cambio, deriva de la experiencia clínica y de los datos obtenidos durante el análisis de los pacientes. La difícil pregunta, que Bowlby explicita, es ¿hasta donde seguiremos siendo psicoanalistas según nos apartamos de la energética freudiana?. Bowlby, por su parte, pretende seguir describiendo los mundos internos del psicoanálisis tradicional, aunque desde una “nueva perspectiva” (1969, pág. 113).

Tal vez el propio Freud nos ayude a dirimir la cuestión de si seguimos siendo psicoanalistas o no. En un trabajo de 1914, *Historia del Movimiento psicoanalítico*, leemos lo siguiente:

Puede, por tanto, decirse que la teoría psicoanalítica es una tentativa de hacer comprensibles dos hechos —la transferencia y la resistencia—, que surgen de un modo singular e inesperado al intentar referir los síntomas patológicos de un neurótico a sus fuentes en la vida del mismo. Toda investigación que reconozca estos dos hechos y los tome como punto de partida de su labor podrá ser denominada psicoanálisis, aun cuando llegue a resultados distintos a los míos. (pág. 1900).

Podemos dar por supuesto que transferencia y resistencia implican en sí el concurso de otros dos términos teóricos: inconsciente y sexualidad. No podemos ocuparnos de todo en el breve espacio de este artículo, sino que vamos a atender a dos conceptos que son objeto de crítica por parte de Stolorow y colaboradores (1997; Stolorow, Orange y Atwood, 2001), así como de Orange (2002). Nos referimos a la *transferencia* y un concepto kleiniano, al que se podría calificar como forma peculiar de transferencia: la *identificación proyectiva*. La pregunta central que se plantea es en qué medida estos términos —como muchos otros— están insertos en una tradición cartesiana y su uso nos lleva a quedar impregnados por los supuestos epistemológicos de la “mente aislada” o, dicho de otra forma, de la “perspectiva egocéntrica”. La inversa de esta pregunta es en qué medida el rechazo de estos términos nos puede llevar a cuestionar toda la tradición. Repetimos, por tanto, la pregunta de Bowlby.

La definición que ofrece Orange de la transferencia (*Übertragung*) es que indica el fenómeno de trasladar las imágenes o representaciones del pasado, y las

ansiedades asociadas, a la relación actual. Esto habitualmente se ha considerado como una representación errónea de la realidad por parte del paciente, más aún, como una equivocación de *la* paciente contrastada por la representación correcta *del* analista varón. Es evidente que el lenguaje cartesiano de las representaciones subyace en esta explicación freudiana y que cuando se sustituye por la idea de que lo que actúa la persona son esquemas de funcionamiento (externos) y no imágenes (internas), de manera automática hay que proclamar que los esquemas se activan y no se transfieren. Sin embargo, no terminamos de estar de acuerdo con que eso elimine la utilidad del término, aunque lo que se transfieran sean esquemas, o modos antiguos de relación o vínculos. La pregunta de Orange en ese caso es: “¿Cómo puede saber el oyente que el hablante ya no vive en absoluto en un mundo conceptual freudiano, y que ya no está diciendo que la patología reside en el paciente?”. La respuesta sería, por nuestra parte, que los cambios de palabras no siempre significan cambios de perspectiva y que, por mucho que lo intentemos, costará tiempo y esfuerzo superar la perspectiva egocéntrica que domina el pensamiento y el sentido común en Occidente, como poco desde la época de San Agustín.

Sospechamos que la propuesta de los intersubjetivos norteamericanos por sustituir la pulsión freudiana, dando mayor relevancia al afecto puede incurrir en problemas semejantes a los del tipo de la mente aislada (Cf. Rodríguez Sutil, 2002, cap. VI, primera parte). Digamos aquí brevemente que el concepto de pulsión es un concepto teórico —Wittgenstein lo llamaría “gramatical”—, aunque sea un concepto erróneo o necesitado de revisión, mientras que el afecto es un concepto empírico, es algo que la persona siente. Volviendo a la transferencia, acaso lo más útil sea su mantenimiento, si no queremos caer en la confusión de lenguas. Freud no nos ofreció sólo un mundo cartesiano y mecanicista, sino que la transferencia puede entenderse como un concepto relacional. Creemos encontrar un panorama parecido al ocuparnos de la “identificación proyectiva”, según Melanie Klein.

Mediante la identificación proyectiva el sujeto proyecta una experiencia intrapsíquica intolerable sobre un objeto, con lo que intenta controlar al objeto en un esfuerzo de defensa contra dicha experiencia intolerable y, en la interacción real con ese objeto, lo lleva de forma inconsciente a experimentar lo que se ha proyectado sobre él. Donna Orange descubre en este mecanismo una versión psicoanalítica de la doctrina del pecado original⁴, el ser humano luchando por desprenderse de la *maldad innata* y lanzarla a los demás. Es, dice, una agresividad innata localizada en las profundidades de una mente aislada. Además, este concepto permite al analista repudiar aspectos indeseables de su propia afectividad, atribuyéndolos a mecanismos originados en la mente del paciente. Desde luego, añadimos nosotros, esto es algo que puede pasar más de una vez en más de un analista, siempre que nos domine el prejuicio —indeseable— de que el paciente nunca está justificado en sus reacciones. Stephen Mitchel (1995, pág. 88 y ss.), sin embargo, es de la opinión de que este mecanismo, considerado en su versión suave, proporciona una manera muy rica para observar la compleja relación entre lo interior y lo exterior, lo intrapsíquico y lo interpersonal. También encuentra semejanzas, salvando el lenguaje un tanto extraño en que estas ideas son expresadas, con los conceptos

utilizados por los teóricos de los sistemas familiares que han aplicado las ideas de Sullivan. Si bien pone en guardia de que Melanie Klein a veces utiliza el concepto de una manera excesivamente concreta —el terapeuta es descrito como un *contenedor vacío*— no le niega legitimidad.

Nos parece erróneo afirmar que el enfoque intersubjetivo necesita replantear o desechar toda la metapsicología freudiana. Precisamente, como hemos señalado en otro lugar (Rodríguez Sutil, 2002, pág. 37 y ss.), cuando Freud se vio obligado a abandonar el lenguaje de la biología y sustituirlo por sus propias explicaciones psicológicas y, en su expresión más abstracta, metapsicológicas⁵. Aunque esto supusiera nada más que un apartamiento parcial y no deseado de la biología. En *Análisis Terminable e Interminable* (1937) recurre Freud a la imagen de la *bruja metapsicológica* cuando pretende explicar un asunto especialmente difícil y abstracto. Pero no hay que olvidar la carta a Flieâ (10-3-98) en la que le pregunta por la corrección de llamar “metapsicología” a su psicología que penetra tras la conciencia y pretende completar las explicaciones psicológicas con las biológicas. Entendemos que es tarea ardua despojar la metapsicología de su impregnación biológica o, para ser más exactos, energética, de conceptos como el de “pulsión” o “represión”. Algo de esto he intentado hacer en mis trabajos, pretendiendo, según la metáfora tan utilizada, no tirar al niño con el agua sucia del parto. Por ello muestro mi acuerdo —al igual que hacen los intersubjetivos— con la versión hermenéutica y no energetista del lenguaje.

Ahora bien, y dicho sea de paso, Freud, en su monumental y polisémica obra suministra materiales de provecho en la reconstrucción externalista del psicoanálisis. Entre otras cosas, su incipiente introducción de la teoría de las relaciones objetales, el fino análisis del contexto familiar del neurótico que nunca falta en los casos clínicos del maestro, o la importancia que concedió de forma progresiva a la figura materna y a los mecanismos de defensa más primitivos, como la escisión (*Spaltung*). Por detenernos en un punto, la concepción que nos proporciona Freud del Eros, a partir de los años veinte, como tendencia a la vida y a la constitución de unidades cada vez más complejas, se aparta de manera radical e indudable de la antigua teoría energética de la pulsión, como buscadora de descarga, y no necesitaría ser distorsionada para acoger concepciones actualmente fecundas, como es la teoría del apego.

Conclusiones

Tal vez a los tres enfoques anticartesianos aquí analizados les faltó el complemento del análisis lingüístico, tan presente en los textos freudianos. Cómo esas palabras se usan en el contexto familiar y determinan nuestro futuro, son nuestra ‘verdad’ con la que la psicoterapia batalla: abandonados, egoístas, traviesos, manazas, agresivos, tranquilos, amorosos, humanos, etc.

Objetal, intersubjetivo, vincular, son tres facetas de una misma realidad, la que nos dicta que el adentro procede del afuera, de la sociedad de los seres humanos y sus formas de vida. En los estrechos límites de nuestro conocimiento nos ha parecido que la teoría de las relaciones objetales es el tronco central del que se

derivan las otras dos, en especial la teoría vincular, mientras que la propuesta intersubjetiva e interpersonal surge como una línea de crítica epistemológica sobre los fundamentos del psicoanálisis, es decir, su metapsicología. Luego las escuelas de estas tres ramas originales, a las que aquí hemos aludido, pues hay más, desarrollan construcciones teóricas diferentes sobre la persona y su forma de estar en el mundo. Sin embargo, no dejamos de pensar que ese fondo común que las une puede llevar en el futuro la reunificación de un nuevo psicoanálisis no cartesiano.

Hemos apuntado igualmente algunas posibilidades de recuperación o reinterpretación de los términos clásicos utilizados en la teoría psicoanalítica. En primer lugar porque se prestan a su reutilización desde una perspectiva externalista o anticartesiana. En segundo lugar porque también adivinamos un peligro importante en el anhelo por acuñar términos nuevos, términos que, dicho sea de paso, no nos proporcionan un seguro contra el peligro cartesiano de la mente aislada. Se trata de una tarea complicada pues, como ya sugirió Mitchell (1988, págs. 71-72), muchos suelen afirmar que sólo ponen al día el concepto de “pulsión” cuando, en realidad, lo están alterando, por ejemplo, al desconectarlo de todo sustrato orgánico. Esto supondría redefinir redefinir todos los términos de manera clara y explícita. Pero así se mostraría que se sale del marco de referencia anterior.

Afirmaremos, ya para terminar, que nadie nos libra de la ardua tarea de seguir leyendo, en el mejor de los casos con fervor, los textos del creador del psicoanálisis y de sus más ilustres continuadores.

Referencias

- Aristóteles. *Política*. En «Obras». Madrid: Aguilar, 1982.
- Ávila Espada, A., Rodríguez Sutil, C y Herrero Sánchez, J.R. (1997) Evaluación de la Personalidad Patológica. Nuevas Perspectivas. En A. Cordero (comp.) *Evaluación Psicológica en el año 2000*. Madrid: TEA.
- Balint, M. (1979). *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Bion, W.R. (1962). *Aprendiendo de la Experiencia*. Buenos Aires: Paidós, 1975.
- Bleger, J. (1977). *Psicología de la Conducta*. Buenos Aires : Paidós.
- Bleger, J. (1967). *Simbiosis y Ambigüedad*. Buenos Aires : Paidós, 1997.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss. Vol I. Attachment*. Penguin, 1981.
- Cavell, M. (1993). *La mente psicoanalítica. De Freud a la Filosofía*. México: Paidós, 2000.
- Descartes, R. *Meditaciones Metafísicas. Con Objeciones y Respuestas*. Traducción de Vidal Peña; Madrid: Alfaguara.
- Descartes, R. *Las Pasiones del Alma*. Barcelona: Península.
- Fairbairn, W.R.D. (1940 a). Factores esquizoides de la personalidad. En *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1978.
- Fairbairn, W.R.D. (1940 b). Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis. En *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1978.
- Fairbairn, W.R.D. (1943). La represión y el retorno de los objetos malos. En *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1978.
- Fairbairn, W.D.R. (1944). Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto. En *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1978.
- Fairbairn, W.R.D. (1946). Relaciones objetales y estructura dinámica. En *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1978.
- Fairbairn, W.R.D. (1949). Estadios en el desarrollo de una teoría de relaciones objetales de la personalidad. En *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1978.
- Fairbairn, W.R. (1978). *Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé.

- Fairbairn, W.R. (1995). *From Instincts to Self: Selected Papers of W.R.D. Fairbairn*. (2 Vols., a y b) New Jersey: Jason Aronson.
- Ferenczi, S. (1932). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. En *Obras Completas*, vol IV. Madrid: Espasa-Calpe, 1982.
- Freud, A. (1976). *El Yo y los Mecanismos de Defensa*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1895). Estudios sobre la Histeria. En *Obras Completas* (vol. I). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Freud, S. (1900). La Interpretación de los Sueños. En *Obras Completas* (vol. I). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Freud, S. (1910-11). Los dos principios del funcionamiento mental. En *Obras Completas* (vol. II). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973. Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main : S.Fisher, 1975.
- Freud, S. (1914a). Historia del Movimiento Psicoanalítico. En *Obras Completas* (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Freud, S. (1914b). Introducción al Narcisismo. En *Obras Completas* (vol. II). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973. Zur Einführung des Narzibmus. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main : S.Fisher, 1975.
- Freud, S. (1915a). La Represión. En *Obras Completas* (vol. II). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973. Die Verdrängung. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main : S.Fisher, 1975.
- Freud, S. (1915b). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas* (vol. II). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973. Trauer und Melancholie. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main : S.Fisher, 1975.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas* (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Freud, S. (1920-21). Psicología de las Masas y Análisis del Yo. En *Obras Completas* (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Freud, S. (1923). El Yo y el Ello. En *Obras Completas* (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Freud, S. (1938 a). Escisión del "yo" en el proceso de defensa. En *Obras Completas* (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973. Die Ichspaltung im Abwehrvorgang. En *Studienausgabe* (vol. III). Frankfurt am Main : S.Fisher, 1975.
- Freud, S (1938 b). Compendio del Psicoanálisis. En *Obras Completas* (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Heidegger, M. (1927). *El Ser y el Tiempo*. (ST). Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1989. Se ha consultado también el original: *Sein und Zeit*. Tubinga: Max Niemeyer, 1993.
- Jiménez Avello, J. y Genovés, A. (1998). *Para leer a Ferenczi*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Kernberg, O. (1977). *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. México: Paidós, 1998.
- Kesselman, H. (1977). Psicopatología Vincular. *Clínica y Análisis Grupal*, 2, 4, 6-28.
- Kesselman, H. (1986). Pichón Rivière y su Teoría del Grupo Familiar. *Clínica y Análisis Grupal*, 42, 503-531.
- Klein, M. (1932). El psicoanálisis de Niños. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Klein, M. (1934a). Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos. "Contribuciones al Psicoanálisis". En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Klein, M. (1934b) Sobre la criminalidad. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Klein, M. (1935). Amor, Culpa y Reparación. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Klein, M. (1957 a). Envidia y Gratitud. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Klein, M. (1957b). Sobre el desarrollo del funcionamiento mental. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Kohut, H. (1971). *Análisis del Self*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1945). Le temps logique et l'assertion de certitude anticipée. Un nouveau sophisme. En *Écrits*. París: Seuil (vol. I), 1970.
- Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos*, vol 1. México: Siglo XXI, 1977. Le stade du miroir comme formateur de la ction du Je telle qu'elle nous est révélée dans l'expérience psychanalytique. En *Écrits*. París: Seuil (vol. I), 1970.
- Lacan, J. (1953a). Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse. En *Écrits*. París: Seuil (vol. I), 1970.
- Lacan, J. (1953b). Some Reflections on the Ego. *International Journal of Psycho-Analysis*, 34, 11-17.

- Lacan, J. (1964). Du "Trieb" de Freud et du désir du psychanalyste. En *Écrits*. París: Seuil (vol. II), 1970.
- Lacan, J. (1953-54). *Seminario I. Los escritos técnicos de Freud*. Barcelona: Paidós, 1986.
- Lacan, J. (1956-57). *Seminario IV. La Relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- Lacan, J. (1972-73). *Seminario XX. Aún*. Barcelona: Paidós, 1981.
- Laplanche, J. Y Pontalis, J.B. (1968). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1979.
- Mahler, M. (1952). On child psychosis and schizophrenia: autistic and symbiotic infantile psychoses. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 7, 286-305.
- Mahler, M. (1958). Autism and symbiosis, two extreme disturbances of identity. *International Journal of Psychoanalysis*, XXXIX, 2-4.
- Mahler, M. (1967). On human symbiosis and the vicissitudes of individuation. *Journal of the American Psycho-analytical Association*, 15, 740-763.
- Mitchell, S.A. (1988). *Relational concepts in psychoanalysis: An integration*. Cambridge, Massachussets: Harvard University Press.
- Mitchell, S.A. (1995). Interaction in the Kleinian and Interpersonal Traditions. *Contemporary Psychoanalysis*, 31, 1, 65-91.
- Orange, D.M. (2001). From cartesian minds to experiential worlds in psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 18, 2, 287-302.
- Orange, D.M. (2002). Por qué el lenguaje es importante para el psicoanálisis. En éste mismo número de *Intersubjetivo*.
- Pampliega de Quiroga, A. (1980). La concepción del sujeto en el pensamiento de Pichon-Rivière. *Clínica y Análisis Grupal*, 5, 24, 546-560.
- Pichon-Rivière, E. (1975). *El Proceso Grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. Buenos Aires : Nueva Visión.
- Pichon-Rivière, E. (1979). *Teoría del Vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rodríguez Sutil, C. (1998). *El Cuerpo y la Mente. Una Antropología Wittgensteiniana*. Madrid : Biblioteca Nueva.
- Rodríguez Sutil, C. (2002). *Psicopatología Psicoanalítica. Un Enfoque Vincular*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Roudinesco, E. (1993). *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*. Francia : Librairie Arthème Fayard.
- Stolorow, R.D. (1997). Dynamic, dyadic, intersubjective systems: An evolving paradigm for psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 14, 337-346.
- Stolorow, R.D., Orange, D.M., y Atwood, G.E. (2001). Cartesian and post-Cartesian trends in relational psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 18, 468-484.
- Sullivan, H.S. (1953). *La Teoría Interpersonal de la Psiquiatría*. Buenos Aires: Psique, 1964.
- Winnicott, D.W. (1951). Objetos y fenómenos transicionales. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Winnicott, D.W. (1956). Preocupación maternal primaria. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Winnicott, D.W. (1979). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.
- Wittgenstein, L. (1930). *Philosophical Remarks*. (PR) Se cita indicando la página de la edición inglesa de Raymond Hargreaves y Roger White; Oxford: Basil Blackwell, 1975.
- Wittgenstein, L. (1932). *Philosophical Grammar*. (PG). Citamos indicando la página de la traducción inglesa de Anthony Kenny; Oxford: Basil Blackwell, 1974.
- Wittgenstein, L. (1945-49). *Philosophical Investigations*. Traducción inglesa de G.E.M. Anscombe; Oxford: Basil Blackwell, 1984. Edición bilingüe alemán-español de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines «Investigaciones Filosóficas»; Barcelona: Crítica, 1988.

Notas

¹Trabajo presentado en las Jornadas "Lo Intersubjetivo y sus mediadores. Subjetividad., Sociedad y salud", que organizadas por *Quipú, Instituto de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental*, tuvieron lugar en Almagro (Ciudad Real) los días 8 y 9 de Noviembre de 2002.

²Doctor en psicología. Miembro Titular de *Quipú, Instituto de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental*.

³Esa imagen es utilizada por Stephen A. Mitchell (1988) como motivo de su muy interesante libro *Conceptos Relacionales en Psicoanálisis. Una Integración*.

⁴No nos sorprende que Winnicott (1971, pág. 100) identifique la pulsión de muerte con la reafirmación del principio del pecado original. Nuestra duda es si el pecado original no sigue desempeñando un papel destacado en nuestra personalidad occidental.

⁵Su vivencia de profunda incomodidad puede entenderse por el siguiente fragmento de los *Estudios sobre la histeria* (1895 a):

No he sido siempre un psicoterapeuta, sino que, formado como todos los neurólogos en el ejercicio del diagnóstico topográfico y del electrodiagnóstico, sigo siendo el primero en lamentarme sobremedida de que mis propias historias clínicas se lean, en cierto modo, como novelas, y carezcan, por así decirlo, de la severa impronta que confiere el cientifismo. (Epicrisis de la historia clínica de Elisabeth von R.).
